

SANTA ROSA DE LIMA Y LA FORMACIÓN DEL ESPÍRITU HISPANOAMERICANO*

El problema inicial

ANTE los libros de un gran místico como San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Ávila, el lector siempre tiene la seguridad de ser guiado por un símbolo que, como hilo de Ariadna, lo conduce por un laberinto de visiones hasta indicarle el sitio preciso en donde se hace presente la luz de Dios. Ese símbolo es el *castillo con sus moradas* en Santa Teresa, o el *monte con sus senderos* en San Juan de la Cruz. Una mística sudamericana como Santa Rosa de Lima (1586-1617), en cambio, no nos dejó ni un libro donde registrara sus experiencias, ni un símbolo que nos guiara por entre sus visiones, cuyos relatos sólo han podido llegar hasta nosotros gracias al testimonio de sus biógrafos (Hansen, Meléndez, Feuillet y otros). Se plantea entonces este problema: ¿Sería posible tratar de encontrar un símbolo que, en cierto modo, sistematizara las visiones de Santa Rosa? En lo que sigue intentaremos responder a esta pregunta.

Las dimensiones de su geografía espiritual

Existen ciertos temas que se repiten con insistencia en los milagros y en las visiones de la Santa. Dichos temas logran fijar su fisonomía interior y, por tanto, actúan como dimensiones básicas de su geografía espiritual. Ellos son:

a) *Vegetalidad*. Tanto su sensibilidad como sus milagros (hacia reverdecer las plantas muertas, ordenaba a las hojas de los árboles cantar en alabanza a Dios) indican que la Santa sentía dentro de sí la vida vegetal y que logró dominar las leyes que rigen la vida de las plantas y árboles de la naturaleza americana. Posiblemente esta dimensión tenga su origen en la mitología indígena. En todo caso, sus contemporáneos creyeron firmemente en sus milagros. Y tenían razón, puesto que para el sudamericano la realidad es, en

* El texto original de este ensayo consta de 5 capítulos: I. El simbolismo de su nacimiento y muerte. II. Santa Rosa y el misticismo. III. El simbolismo de sus milagros. IV. El huracán divino. V. La transfiguración de la tierra. —En el presente resumen se han suprimido todas las notas bibliográficas y todas las referencias a la literatura e historia de las ideas en América Latina. El texto completo se ha publicado en la revista *Mercurio Peruano*, Lima, núm. 462, julio-agosto 1966, pp. 165-212.

última instancia, una intensidad emocional. El hombre siente, el cosmos siente, Dios siente. Por lo tanto, “mi sentir” se transfigura bajo el sentir de la creación y de Dios, y viceversa. Este principio es válido tanto en un espíritu altamente mesiánico como el de Santa Rosa, o en un espíritu altamente apocalíptico como el de Neruda. Siglos más tarde, veremos a los personajes novelescos de Rómulo Gallegos realizando proezas similares a las de Santa Rosa.

b) *Movimiento expansivo desde el centro hacia la periferia.* Como Feuillet indicaba en su biografía, la vida de Santa Rosa se abre como el botón de una flor, desde un centro de actividad vegetal hacia afuera, como los rayos que, partiendo de un punto, se expanden en todas direcciones. Este tipo de movimiento expansivo se encuentra a menudo en sus visiones místicas, especialmente en su visión de la luz de Dios, y constituye una notable diferencia con respecto al misticismo español y europeo. Es decir, la geografía espiritual de Santa Rosa *gravita* hacia la periferia y no hacia el centro, como la geografía de Santa Teresa de Ávila.

c) *Movimiento cíclico o circular.* El ciclo de vida, muerte y resurrección en la naturaleza y en las estaciones se reproduce por analogía dentro de la vida espiritual de la Santa, no sólo cronológicamente en cuanto a las fechas de su nacimiento y fallecimiento, sino sobre todo simbólicamente, por cuanto Santa Rosa nace como flor, al crecer da sus semillas de caridad y penitencia, al morir siembra dichas semillas en el cuerpo histórico de Cristo (se transfigura en Cristo, nos dice Meléndez)y por su influencia histórica resucita dentro del alma americana bajo la forma del sentimiento mesiánico. Si la Inquisición no hubiese estado tan enérgica, seguramente no habría faltado un americano que propusiese consagrar a Santa Rosa como la *quinta persona* de la Trinidad.¹

d) *Compromiso cósmico.* En su vida espiritual, Santa Rosa trata de reabsorber dentro de sí todo el peso de la Creación y de la Historia y reabsorbiéndolo y purificándolo a través de sus terribles penitencias, intenta reintegrar la Creación al seno de Dios. Veremos que esta reintegración se efectúa según un movimiento especial, bajo el signo de uno de las grandes símbolos telúricos de América.

¹ Referencia a Unamuno: los españoles concibieron a María casi como una *cuarta persona* de la Trinidad.

e) *Sentimiento mesiánico expresado en la luz*. Es una consecuencia natural del compromiso cósmico que acabamos de mencionar. Así como la planta se dirige hacia la luz del sol, así la vida espiritual se dirige hacia la luz de la salvación, del ideal en donde la Historia halla su plenitud. Ya en tiempos de Santa Rosa, este mesianismo no era cosa nueva. La Inquisición había tenido serios problemas con el mesianismo americano, muy especialmente en aquel sonado proceso de Fray Francisco de la Cruz (1578), estudiado por J. T. Medina en su monumental historia de la Inquisición en Lima.

f) *Soledad y autoconocimiento identificados con el sentimiento cósmico*. Tratando de sintetizar lo expresado en largas citas del texto original de este ensayo, podríamos decir que la soledad es el vórtice misterioso del espíritu en donde “sin vivir con nadie ni nada, se vive con todos y todo”. En la soledad se cortan todos los lazos con la creación y, por lo mismo, alcanzamos en ella plena comunión con la creación. La soledad es una paradoja que, análogicamente, reproduce el misterio de Dios: Dios es todas las cosas pero, al mismo tiempo, no es ninguna de ellas. Por esto, *el autoconocimiento es, en Santa Rosa, en última instancia, idéntico al sentimiento cósmico*. Simbólicamente, nada podría ilustrar mejor lo que acabo de decir que su milagroso ingreso en la Orden de Santo Domingo, acaecido en 1606.²

Por largo tiempo la Santa había abrigado dudas en cuanto a su verdadera vocación religiosa, dudas que sus confesores no habían logrado disipar. Trataron alguna vez de persuadirla de ingresar en un convento, a lo cual la Santa se opuso de manera instintiva. No podía lograr el pleno conocimiento de sí misma y de su destino. Un día la Naturaleza americana le dio la solución que sus confesores no llegaron a darle. Andando por el campo, embriagada en la contemplación de la Naturaleza, vio de repente una bella mariposa que, dando vueltas en espiral, se iba acercando hacia ella, hasta que finalmente se posó sobre su cuerpo. Sobre sus alas tenía franjas de color que reproducían los colores simbólicos de la Orden de Santo Domingo. La Virgen limeña llegó así a conocerse a sí misma y a ver con claridad el verdadero destino de su vocación. Pero hay algo más que autoconocimiento y sentimiento cósmico en esta historia. Recordemos y no perdamos de vista el hecho de que la mariposa se movía en *espiral*: volveremos a encontrar este signo al hablar del huracán, el máximo símbolo de la Santa.

² Las citas que siguen, relativas a la vida de Santa Rosa, pertenecen a Juan Meléndez, *Tesoros verdaderos de las Indias*, 1681.

Esta paradoja —la identidad misteriosa entre autoconocimiento y sentimiento cósmico— se nos hace más clara cuando recordamos lo que ya dijimos a propósito del Beato Juan Massías: que el ser no es otra cosa que una *sinfonía de luz*, un concierto de colores en movimiento. En la luz es posible distinguir los colores, pero no es posible decir dónde comienzan y terminan las claridades y las sombras, las máximas intensidades y los mínimos matices. Es más. Al ver un color lo “sentimos” gracias a su diferencia con los otros colores del espectro lumínico, como el frío lo sentimos por su diferencia con el calor. Aplicando esta comparación a nuestro caso, diríamos que el color es la soledad, la forma de autoconocimiento que define la soledad del hombre, mientras que el sentimiento cósmico es la visión del espectro lumínico.

Estos caracteres de la luz y la relación que ellos guardan con otras dimensiones de la geografía espiritual de Santa Rosa, se ven más claramente en dos pasajes de Meléndez.

El primero se refiere a la luz que emitía el espíritu de Santa Rosa cuando ésta sufría sus arrobos místicos en la pequeña ermita de su huerto. Vemos aquí que la luz es un impulso expansivo que intenta llegar a todos los confines del Universo, que intenta llenarlo todo: “Lucía desde su estrecho albergue con más vivos resplandores, como el Sol, después de tendidos sus rayos, con las nubes. Una señora muy espiritual vio estando en éxtasis a la Rosa en esta angosta celda, que estaba toda vestida de luces y resplandores y que, a porfía, salían penetrando los huecos y claros de las tapas, no pudiendo contenerse en prisión tan angosta y que estaba como una estrella hermosa y resplandeciente dentro. No le había de faltar su estrella a la ciudad de los Reyes, Lima: mas nunca tuvo mejor estrella y verdaderamente que la tienen buena en ser grandes, a todas luces, los hijos de aquella famosa ciudad, en nobleza y sabiduría, mayormente guiados ya con las luces de las virtudes de la Rosa a seguir la virtud y perfección”.

El segundo pasaje se halla en su diálogo con el Dr. Juan del Castillo. En él apreciamos cómo Santa Rosa, en sus arrobos, veía la luz en los *huecos* que dejaban las cosas corpóreas que entonces desaparecían de su vista. Estamos frente a un fenómeno sumamente significativo: las cosas corpóreas no son más que un eclipse de la luz. Cuando la luz es mirada de frente y no de soslayo, penetramos en la realidad auténtica. En otras palabras, las cosas no son la realidad, sino que son *huecos* de la realidad, huecos que son llenados por la luz cuando, en visión espiritual, miramos la realidad de frente. El pasaje dice así:

“Y con el motivo de haber hablado [Santa Rosa] de la oración y su tér-

mino último, la unión con Dios, dijo con espíritu admirable los secretos escondidos de esta ilustración divina; y por qué los místicos teólogos la llaman oración de unión y cómo aquí el entendimiento formaba especie no adquirida sino infusa de arriba, y que no se volvía a las imágenes exteriores y corpóreas; que sólo concebía en los vacíos de aquellas imágenes una espiritual forma de purísima luz, y que Dios, con íntimo e inmediato ilapso llenaba el alma de suavísimos gozos, comenzando en el paladar de la voluntad el suavísimo gusto de esta fruición dichosa, y acabando en ardores divinos, que abrasaban con dulce incendio el corazón y cómo se dilataba y recreaba”.

El huracán divino

De su diálogo con el Dr. Juan del Castillo debemos destacar a lo menos tres pasajes fundamentales cuyo simbolismo es de decisiva importancia para comprender el alma de la Santa. El primero se refiere a su visión de la luz de Dios. El segundo, a su tormento cuando se ve abandonada por esta luz, cuando se siente fuera de los brazos de su Divino Esposo. El tercero, a su retorno a la luz de Dios.

Santa Rosa aprehendía la presencia de Dios “como una luz que no tenía, ni forma, ni medida, ni fin, (de donde se conocía que era por esta parte visión intelectual), sino era incomprendible y que todo lo comprendía, sutil, estable y firme, limpiísima y purísima, sumamente muchas y sumamente una; sumamente distante, cercana, íntima, noble, excelsa y a ninguna criatura comparable. Que más la percibía el alma, por unos admirables efectos de vitales eflusiones que por su substancia. Y que estos efectos eran afectos tiernos de amor, un firme y dulce gozo sobre todos los gozos imaginables, un parentesco de la filiación divina, una renovación interior en el mismo ser del alma del viejo hombre; un lleno que ocupa todos los senos de la voluntad; una vida de todos los afectos, firme y santa y por todas partes inefable”. Sólo a modo de muy breve sugerencia, recordemos que las últimas líneas de este pasaje nos traen una reminiscencia casi textual de la palabras que hacia 1900 escribiría José Enrique Rodó: la “renovación interior en el mismo ser del alma del viejo hombre” fue, en efecto, el tema capital de su pensamiento.

En cuanto a sus desamparos y tormentos al ser abandonada por Dios, oigamos sus respuestas: “Preguntóle [Juan del Castillo]: supuesto, que a esa cumbre [de la unión con Dios] no se llega sino por muchos abrojos y espinas de trabajos y calamidades, ¿cuántas había pasado y padecido, y por qué tanto tiempo? Respondió: Que no podía reducirlo a número, porque

desde muy niña comenzó a padecerlos y no se le pasó día ninguno en que no tuviese muchos, *porque ninguno vino jamás solo*, que los que padeció el espíritu en los desamparos, no habían podido jamás hallar términos con qué representarlos, ni decirlos, que ni los tormentos de los mártires, ni el suplicio de los condenados, ni cuantas penas y dolores padecen las criaturas, podían hacer ni número ni peso al martirio de sus desamparos... Que cuando entró en aquella *confusión de tinieblas* y se le ofrecía el acabar con la vida, se representaban las penosas dilaciones de las almas, que encarceladas lloran las penas que padecen en el purgatorio; que cuando llegan a perder toda la esperanza de poder salir de aquel estrecho abismo, percibiendo como un *espeso humo* que discurría sobre la *ceguedad de aquel horror*, era la misma imagen del infierno". Santa Rosa agrega, a renglón seguido, que "con estas penas se enseña el alma a conocerse", relacionando así el desamparo con el autoconocimiento.

Por último, dentro del contexto de este cataclismo, su retorno a la luz de Dios se efectúa de manera repentina y espontánea: "Cuando me siento como fuera de mí en aquel *torbellino* deshecho de obscuridades y sombras, llorando, me hallo de *repente* restituida en brazos de mi amado Esposo, como si de ellos nunca hubiera faltado, entre las *claras luces* de la unión primera. Siento unos impulsos ardientes de amor, como río o arroyo, que corre sin las prisiones del cauce que detiene su curso, con *rápida y violenta corriente*, buscando su descanso en la mar. Sopla luego apacible y fresca el *aura* de la gracia y comienza la *tormenta gloriosa*, donde se *anega* el alma en aquel *inmenso piélago* de bondad y dulzura, y con transformaciones inefables se transforma en el Amado, deshaciéndose de sí y haciéndose una misma con Él".

En estos últimos pasajes las palabras de Santa Rosa adquieren un patetismo inusitado: "confusión de tinieblas", "ceguedad", "torbellino", "violenta corriente", "tormenta gloriosa", "anegarse", "inmenso piélago", son expresiones que nos recuerdan casi textualmente las descripciones alucinantes de nuestra literatura de la selva americana. Con esa magnífica modestia de sus finezas, con ese laconismo tan pleno de silencios sugestivos, la Santa nos entregó una imagen simbólica de su vida interior, imagen que en nuestros días ha aparecido nuevamente en las páginas eruditas de un Fernando Ortiz y en la fantasía desbordante de un Rómulo Gallegos o de un Horacio Quiroga. En suma, la Santa nos entregó la pintura del huracán de su espíritu.

Sin duda, estas frases están basadas en experiencias que eran comunes a la época, muy especialmente en aquellas experiencias de terror y de grandiosidad que los colonos sentían ante los fenómenos meteóricos del Nuevo Mundo, tales como los huracanes y los terremotos. Ambos fenómenos eran

entonces concebidos en íntima relación (el huracán era un terremoto en el aire; el terremoto, un huracán bajo tierra), como puede apreciarse hasta bien entrado el siglo XVIII en el libro *Reloj astronómico / de temblores de la tierra / secreto maravilloso de la naturaleza / descubierto y hallado / por D. Juan de Barrenechea / Sostituto de la Cátedra de Prima de Matemáticas / de esta Real Universidad de San Marcos de la Ciudad / de Lima // Con Licencia de los Superiores / En Lima, en la Imprenta Antuerpiana, que está en la Calle Real del Palacio / Año de 1725*. (Edición Odriozola, Lima, 1863).

Ahora bien, según Fernando Ortiz (*El huracán, su mitología y sus símbolos*, 1947, en especial Cap. X), el huracán produce un efecto similar al descrito por Santa Rosa:

“Es sabido que en el huracán se dan dos movimientos: uno de rotación en espiral y otro de translación que sigue un curso muy caprichoso de tal modo que el ciclón es, pues, un personaje errátil; aparece de improviso, ora sopla con furiosas ráfagas, ora con aliento suave de paz y consuelo, ya marcha aprisa o se remansa perezoso, se va de una vez o retorna inesperadamente con alevosía. Esa dinamia tornadiza y caprichosa le da a cada huracán cierta individualidad. Dentro de leyes naturales, que antaño no se conocían, el huracán en apariencia goza de autodeterminación, imprevisible e inexplicable. El huracán es versátil, tiene “personalidad”, parece “humano”. Otro curioso episodio sucede en los ciclones, que equivale en cierto modo a una reincidencia. Se da el caso, para ciertos lugares que están situados en el eje de la línea traslaticia del ciclón, que éste los sacude con violencia creciente, *de pronto los soplidos cesan como por encanto* durante un breve tiempo y hasta *brillan los astros y las estrellas*, para *reanudarse* con la misma impetuosidad anterior hasta que van amenguándose y *perdiéndose en lontananza*. En ese intermedio de quietud, el espectador se halla precisamente en el vórtice del ciclón, en el llamado “ojo del huracán” u “ojo de la tempestad” que tiene un diámetro promedial de unas 14 millas. Ha pasado la mitad del diámetro de su remolino, está en el centro del meteoro, donde hay a manera de un vacío, y luego entra a pasar la segunda mitad del diámetro, hasta que sale de ella y vuelve a la normalidad”.

Pasajes todos éstos relativos a temas de intenso contenido cósmico y a temas expresivos de fuerzas telúricas que forman así la arquitectura interior del alma de Santa Rosa de Lima. Temas y símbolos que, a lo largo de la historia, reaparecen continuamente en las obras literarias de América Latina.

WALDO ROSS

University of Glasgow